

IN MEMORIAM DR. CARLOS DUBRA

Palabras pronunciadas por el Cpt. Alejandro Laborde en la asamblea ordinaria anual de la AUDM, el 24 de noviembre de 2021.

El pasado 20 de abril falleció el Dr. Carlos Dubra, a esa fecha miembro de nuestra asociación, y presidente y directivo en más de un período anterior.

Era "Charlie" para los amigos más antiguos, y el "Chino" o el "Flaco", como lo llamábamos muchos de nosotros.

Tal vez yo no sea la persona más apropiada para rendirle un homenaje, porque aquí seguramente hay quienes lo hayan tratado por más tiempo y con una relación más estrecha, pero en esos casi 25 años en que lo conocí de sus largos y fecundos 78 años, tuve también la dicha de ser honrado por su amistad, y su pérdida me causó una gran tristeza que hasta el día de hoy me hace seguir extrañándolo.

Nos conocimos a raíz del ejercicio de la actividad marítima, y desde un primer momento surgió una corriente de afinidad.

Compartiendo las mismas ideas políticas y religiosas y hasta los gustos musicales y deportivos, no fue difícil sintonizar la misma frecuencia de simpatía y generar una relación muy agradable.

Pero además de la cercanía en el plano personal, era muy fácil trabajar desde lo profesional, ya que a su sabiduría y experiencia le agregaba una marcada dosis de sentido común.

Sería interminable enumerar las varias virtudes y características que lo distinguían, así que voy a destacar solamente un par de ellas que lo muestran de cuerpo entero, lo cual ya es mucho decir sabiendo que era extraordinariamente alto.

El "Flaco" era una persona que poseía la humildad de los verdaderamente grandes. No era humilde por timidez o cortedad, sino porque no precisaba hacer alharaca de sabiduría para dejar en evidencia su superioridad intelectual y cultural.

A pesar de que era poco lo que yo podía agregar o corregir a sus escritos, siempre me los enviaba como un "borradorcito", pidiéndome que le hiciera los "tajos y puñaladas" que creyera del caso.

Con el paso del tiempo aprendí a limitarme a corregir los errores tipográficos o sugerirle alguna idea general, pero inicialmente, con ese impulso propio de juventud y de recién llegado, trataba de demostrar que sabía, y me animaba a proponer modificaciones o recomendaciones a sus escritos, que excedían mis verdaderas competencias.

Sin molestarse por ello, ni dejar de seguir enviando sus "borradores", pasado un tiempo de mis intervenciones, me contó un chiste con la gracia, el sentido del humor y el respeto que lo caracterizaban.

La humorada decía que en la puerta del Citibank había un vendedor de frankfurters a quien el gerente del banco solía comprarle frecuentemente un par de panchos.

Por mero afán de conversación o por demostrar sus conocimientos gastronómicos, el banquero siempre le señalaba al vendedor su opinión sobre cómo debían cocinarse los frankfurters, la temperatura del agua, la cantidad de mostaza, o la calidad del pan.

Un buen día, el frankfurtero le dice al gerente que el banco debía invertir en tal serie de bonos del tesoro, comprar acciones de tal o cual empresa, y rebajar sus tasas de interés sobre los préstamos bancarios.

El banquero sorprendido le contesta que el banco cuenta con un equipo de profesionales que estudian esas cosas y que tienen más conocimientos sobre dichas materias que un vendedor ambulante.

Entonces el frankfurtero le dice: muy bien, entonces usted no me diga más cómo hacer los panchos y yo no le voy a decir cómo manejar su banco.

Desde ese día empecé a moderar mi afán de enmendarle la plana, y a firmar los mensajes en los que le mandaba alguna sugerencia, como el frankfurtero del Citibank.

Hombre culto si los hay, era posible conversar con él sobre literatura, religión, historia, batallas navales, y tantos otros temas interesantes, y siempre tenía aportes y opiniones bien fundadas.

Conocedor de la ciudad y sus habitantes como pocos, sabía la historia de cada lugar icónico de Montevideo, quienes habían sido sus ocupantes y en muchos casos conocía las historias de vida que cada uno de esos sitios encerraba.

Caminar con él por la Ciudad Vieja, significaba la continua interrupción por el cruce con conocidos que lo saludaban con muestras de aprecio. Yo le decía en términos jocosos que parecía la reina del carnaval, saludando a un lado y otro de la avenida durante el corso.

Su amabilidad y caballerosidad no tenían límites, y al encontrarnos con algún conocido suyo, siempre me presentaba con alabanzas, cuando su preeminencia era ciertamente mayor.

Me ayudó con asuntos personales de carácter legal, y no sólo nunca quiso cobrarme un peso de honorarios, sino que en cada ocasión se puso la camiseta de mis causas como si fueran propias.

A lo sumo, como cortesía, me aceptó algún Juancito el Caminante que solía cortar con coca cola light para disimular su gusto por el escocés.

Murió con sencillez y dignidad, del mismo modo que vivió, luego de haber puesto en paz sus asuntos con Dios y con su familia, cumpliendo como pocos la premisa de Santa Teresa de Jesús: Vivir la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte.

Querido "Carlos, Flaco, Chino, Charlie", el Doctor con mayúscula : por el sentido trascendente que tenías de la vida más allá de la muerte, sé que estás haciendo guardia arriba de las estrellas junto a otros camaradas que también pasaron a la reserva; guardame un puesto a tu lado para cuando llegue el momento del re-encuentro.

Mientras tanto te vamos a extrañar.

Hasta siempre querido amigo i!!